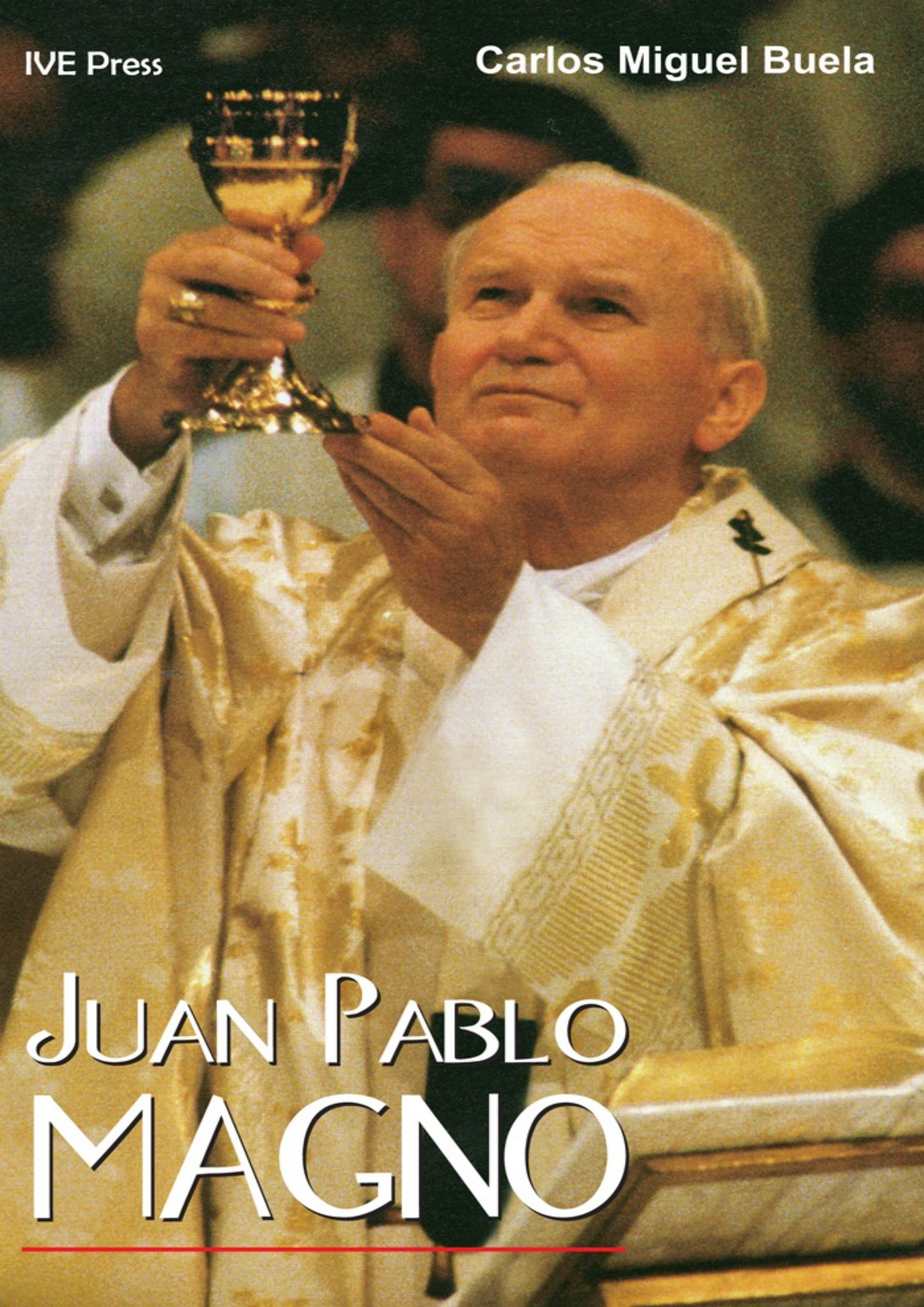


IVE Press

Carlos Miguel Buela



JUAN PABLO MAGNO

JUAN PABLO MAGNO
CARLOS MIGUEL BUELA

ebook Edition

Produced by  Books2Go

1111 Plaza Drive, Suite 300
Schaumburg, IL 60173

Enquiries:

info@ebooks2go.net

www.ebooks2go.net

ISBN 13: 978-1-933871-90-5

ISBN 10: 1-933871-90-3

Cover Design

© IVE Press

Cover Art

© IVE Press

Text

© IVE Press, New York

Institute of the Incarnate Word, Inc.

All rights reserved

Manufactured in the United States of America

IVE Press

113 East 117th Street

New York, NY 10035

Ph. (646) 470-9590

Fax (855) 483-2665

Email orders@ivepress.org

<http://www.ivepress.com>

ISBN 978-1-933871-90-5

Library of Congress Control Number: 2011935174

Printed in the United States of America ∞

c1

ÍNDICE

PRÓLOGO

PERFIL BIOGRÁFICO

1. **Formado por María, como apóstol de los últimos tiempos**
2. **El amor de Juan Pablo II a la Virgen**
3. **Totus tuus! una vida en los brazos de María**
4. **Era un místico**
5. **La renovación en sus fuentes**
6. **Diario de la cárcel**
7. **Puebla: un Espíritu y un Documento**
8. **Significación del viaje del Papa por Polonia**
9. **Confesor de la fe**
10. **Un signo de los tiempos**
11. **La Virgen profetizó sobre él y le hizo el milagro de salvarle la vida**
12. **El mosaico de María que recuerda el atentado al Papa Wojtyła**
13. **La catequesis que Juan Pablo II nunca pronunció**
14. **Sobre el uso de la sotana**
15. **25 de marzo de 1984**
16. **Jerzy Popieluszko**
17. **El Papa que venció al comunismo**
18. **El mendigo que confesó a Juan Pablo II**
19. **La derrota del comunismo**
20. **Santo Domingo**
21. **Juan Pablo II en el marco de la historia**
22. **Aquella pasión del Papa Wojtyła**
23. **Discurso sobre la financierización de la economía**
24. **Primer misionero planetario**
25. **Crónica del viaje apostólico del Papa por Ucrania (I)**
26. **Crónica del viaje apostólico del Papa por Ucrania (II)**
27. **Magisterio del Papa en Ucrania: Kiev**
28. **Magisterio del Papa en Ucrania: Lvov (Los Leones)**

- 29. Encuentros**
- 30. El Papa y nuestro derecho propio**
- 31. Juan Pablo II y las vocaciones**
- 32. Funerales de Juan Pablo Magno**
- 33. ¿Por qué Magno?**
- 34. ¡Juan Pablo Magno!**
- 35. Testimonio de un sacerdote polaco**
- 36. Su beatificación en la Plaza San Pedro**
- 37. Su recuerdo**
- 38. Su liturgia**
- 39. Misiones Póstumas**
- 40. «Una dignidad en cierto modo infinita»**

FORMADO POR MARÍA, COMO APÓSTOL DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Muchas veces y en muchos lugares, habló y escribió Juan Pablo II sobre su conocimiento interno, profundo y sapiencial, del *Tratado de la Verdadera devoción a la Santísima Virgen María*, escrito por San Luis María Grignion de Montfort. Ello ocurrió de manera particular cuando trabajaba en la cantera y luego en la fábrica química Solvay entre los años 1940-1944 en Cracovia. En el célebre *Tratado* (nnº 46 al 59), tan recomendado por S.S. Juan Pablo II, San Luis María hace la profecía acerca de los Apóstoles de los últimos tiempos y cómo ellos serían formados por la Virgen María, como lo fue el Papa Wojtyła.

Como es sabido, Jesucristo es el que inauguró los últimos tiempos, que es la sexta edad del mundo y que es el tiempo de la Iglesia peregrina.

En síntesis, al referirnos a los Apóstoles de los últimos tiempos nos preguntamos: ¿Qué serán?; ¿Qué harán? y ¿Quiénes los formarán?

¿Qué serán?

a. «Verdaderos discípulos de Jesucristo», que caminarán «sobre las huellas de su pobreza, desprecio del mundo y caridad [...]»¹¹. «Por todas partes serán el buen olor de Cristo (cf. 2Cor 2, 15-16) para los pobres y pequeños, mientras serán olor de muerte para los grandes, los ricos y los orgullosos mundanos»¹². Como su Maestro, serán signos de contradicción (cf. Lc 2, 34).

b. «Singularmente devotos de María»: Serán almas «esclarecidas por su luz, alimentados por su leche, guiados por su espíritu, sostenidos por su brazo y guardados bajo su protección»¹³. Serán «[...] servidores, esclavos e hijos de María»¹⁴.

La tendrán «siempre presente como su perfecto modelo para imitarla y como poderosa ayuda que puede socorrerles»^{15,16}.

c. «Muy unidos a Dios»¹⁷:

– Por la caridad: «Serán brasas encendidas, ministros del Señor que prenderán el fuego del amor divino en todas partes [...], llevarán el oro del amor en el corazón»¹⁸. «Y solo dejarán en pos de sí [...] el oro de la caridad que es el cumplimiento de toda la ley (cf. Ro 13, 10)»¹⁹.

– Por una invencible confianza en la Providencia: Vivirán «tan firmemente confiados en el divino favor [...] que harán que triunfe Jesucristo»²⁰. «Dormirán, sin oro ni plata, y lo que es más sin cuidado alguno en medio de los demás sacerdotes y clérigos (*inter*

medios cleros, según la Vg. Sl 67, 14)»²¹. «Confiadamente esperé en el Señor (cf. Sl 39, 2)»²².

– Por la recta intención: «Tendrán las alas plateadas de la paloma, para ir con la pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas»²³ a todas partes.

– Por un gran deseo de santidad: Serán «las almas más ricas en gracias y virtudes»²⁴, «llenas de gracia y de celo»²⁵, «ricos en gracia de Dios, que María les distribuirá abundantemente, superiores a toda creatura por su celo ardoroso»²⁶.

– Por su magnanimidad: «Los más grandes santos»²⁷, «grandes santos que excederán en santidad a la mayoría de los otros santos cuanto los cedros del Líbano, exceden a los arbustos»²⁸, «grandes y exaltados en santidad delante de Dios»²⁹. «Grandes hombres»³⁰. Por tanto, modelos: «Con sus palabras y ejemplos conducirán a todo el mundo a la verdadera devoción de María»³¹.

– Por su oración: «Serán los más asiduos en rogar a la Santísima Virgen»³². Llevarán «el incienso de la oración en el espíritu»³³, en especial, «el rosario»³⁴.

– Por la mortificación: Llevarán «la mirra de la mortificación en el cuerpo»³⁵. «Serán los hijos de Leví, bien purificados por el fuego de grandes tribulaciones»³⁶.

– Por su señorial libertad: «Sin aficionarse a nada»³⁷.

– Por ser pacíficos: Sin «inquietarse por nada»³⁸.

– Por ser valientes: Sin «asustarse por nada»³⁹, «sin dar oídos, ni escuchar, ni temer a ningún mortal por poderoso que sea»⁴⁰.

– Por ser justos: Sin «hacer acepción de personas»⁴¹.

d. Grandes enemigos de los enemigos de Dios: Estas grandes almas «[...] serán escogidas para oponerse a los enemigos de Dios, que bramarán por todas partes»⁴². Ser fieles «les granjeará muchos enemigos»⁴³. Serán testigos y víctimas de una enemistad irreconciliable, «que durará y aún crecerá hasta el fin... entre los hijos y siervos de la Virgen y los hijos y secuaces de Lucifer»⁴⁴. «Dios puso enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y siervos de María, y los hijos y esclavos del demonio [...]. Los hijos de Belial (cf. Dt 13, 14), los esclavos de Satanás, los amigos del mundo – que todo es una misma cosa– han perseguido siempre hasta ahora, y perseguirán más que nunca en adelante, a aquellos y aquellas que pertenezcan a la Santísima Virgen [...]»⁴⁵.

«Con la humildad de su calcañar, y en unión de María, aplastarán la cabeza del demonio»⁴⁶.

«Serán como agudas saetas en mano de la Virgen para flechar a sus enemigos»⁴⁷.

La Virgen los «suscita para hacerle la guerra»⁴⁸ a Satanás.

¿Qué harán?

Guerrearán y triunfarán: con la Palabra de Dios.

Combatirán; destruyendo y construyendo.

«Lucharán con una mano y construirán con la otra» (cf. Ne 4, 17). «Con una mano combatirán, derribarán y aplastarán [...]» al mal y al error; «y con la otra mano edificarán [...] la mística ciudad de Dios [...]» conduciendo «a todo el mundo a la verdadera devoción de María»⁴⁹. El arma principal será la predicación y el ejemplo⁵⁰: «A los verdaderos apóstoles de los últimos tiempos dará el Señor de los ejércitos la palabra y la fuerza necesaria para obrar maravillas»⁵¹. «Serán nubes tronantes [...] que derramarán la lluvia de la palabra de Dios y de la vida eterna, tronarán contra el pecado, lanzarán rayos contra el mundo, descargarán golpes contra el demonio y sus secuaces, y con la espada de dos filos de la palabra de Dios (cf. Heb 4, 12; Ef 6, 17) pasarán de parte a parte a todos aquellos a quienes sean enviados en nombre de Dios»⁵². «Enseñarán el camino estrecho de Dios en pura verdad, según el santo evangelio, y no según las máximas del mundo»⁵³.

Ello les acarreará grandes y crueles persecuciones «que irán en aumento hasta que llegue el reinado del Anticristo»⁵⁴, ya que el demonio «tenderá verdaderas emboscadas a los siervos fieles y verdaderos hijos de María, a quienes les cuesta vencer mucho más que a los otros»⁵⁵.

Pero, la victoria final es de ellos: tendrán «muchas victorias y mucha gloria para solo Dios»⁵⁶. «María descubrirá siempre su malicia serpentina, manifestará sus tramas infernales, desvanecerá sus consejos diabólicos y librára de sus crueles garras a sus fieles siervos hasta el fin de los tiempos»⁵⁷. Ganarán «gloriosos despojos de sus enemigos»⁵⁸.

En fin: «Tendrán en su boca la espada de dos filos de la palabra de Dios; llevarán sobre sus espaldas el estandarte ensangrentado de la cruz; el crucifijo en la mano derecha, el rosario en la izquierda, los nombres sagrados de Jesús y María en el corazón, y en toda su conducta la modestia y la mortificación de Jesucristo»⁵⁹.

¿Quiénes los formarán?

El Espíritu Santo y la Santísima Virgen: «Con la gracia y la luz del Espíritu Santo»⁶⁰ se hacen esclavos de María. Serán docilísimos al Espíritu Santo ya que «volarán por los aires al menor soplo del Espíritu Santo»⁶¹ e irán «adonde los llama el Espíritu Santo»⁶².

«Serán los más asiduos en rogar a la Santísima Virgen y en tenerla siempre presente [...]»⁶³. «El Altísimo con su Santísima Madre han de suscitar grandes santos»⁶⁴. «Dios quiere que su Madre Santísima sea ahora más conocida, más amada, más honrada que lo ha sido jamás [...]. [Los predestinados] verán, con la claridad que permite la fe, a esta hermosa estrella del mar, y orientados por Ella, arribarán a puerto seguro, a pesar de las tempestades y de los piratas; conocerán las grandezas de esta Soberana y se consagrarán completamente a su servicio como súbditos suyos y sus esclavos de amor; probarán sus dulzuras y sus bondades maternas, y la amarán con ternura de hijos predilectos; experimentarán las misericordias de que está llena, y las necesidades en que han menester su socorro, y recurrirán a Ella en todo, como a su querida abogada y medianera para con Jesucristo; sabrán que Ella es el medio más seguro, el más fácil, el más corto y el más

perfecto para ir a Jesucristo; y se entregarán a Ella en cuerpo y alma, sin reserva, para ser a la vez de Jesucristo»⁶⁵.

«¿Cuándo y cómo será esto? Solo Dios lo sabe. A nosotros solo nos toca callar, orar, suspirar y esperar»⁶⁶.

Pensamos que el Papa Juan Pablo II fue uno de estos Apóstoles formados por María.

EL AMOR DE JUAN PABLO II A LA VIRGEN

Testimonio de cardenal Giovanni Coppa

«El amor de Juan Pablo II a la Virgen fue un amor ilimitado. Nunca dejó pasar una ocasión para hablar de María. Le dedicó la encíclica *Redemptoris Mater*: de hecho, la redención fue el hilo conductor de su magisterio petrino. Además, la honró no solo con su ministerio de Sumo Pontífice, sino también de muchas otras formas.

Desde el inicio quiso rezar durante muchos años el rosario cada primer sábado del mes, junto con los fieles en el Vaticano. Con su creatividad inagotable enriqueció el rosario con los misterios de luz. Y ya casi al final del pontificado, celebró el Año del rosario, que tuvo muchos frutos de devoción y de renovación espiritual. Recuerdo también sus peregrinaciones a Lourdes y a Fátima. En cada uno de sus viajes, además, programó una visita a los santuarios marianos más importantes del mundo. Sé con cuánto deseo quería que una imagen de la Virgen se destacara en la basílica Vaticana, donde por lo demás existen estupendas capillas dedicadas a ella. Y quiso que al menos el palacio apostólico mostrara una imagen de la Virgen, que se eleva, alta y maternal, sobre la plaza de San Pedro.

Todos saben que el lema que escogió antes de su ordenación episcopal es *Totus tuus*. El futuro Papa tomó estas palabras de la oración de un gran santo mariano, Luis María Grignion de Montfort⁶⁷, quien a su vez lo tomó de San Buenaventura (o del pseudo). «Pues bien, el Papa no solo rezaba cada día aquella oración, sino que escribía un pasaje de ella sobre cada página de los textos autógrafos de sus homilías, de sus discursos, de sus encíclicas, en la parte superior derecha de la hoja. En la primera página ponía el inicio de la oración:

Totus tuus ego sum,
“Yo soy todo tuyo, María”;
en la segunda, *Et omnia mea tua sunt,*
“Y todas mis cosas son tuyas”;
en la tercera, *Accipio Te in mea omnia,*
“Te acojo en todas mis cosas”;
en la cuarta, *Praebe mihi cor tuum,*
“Dame tu corazón”⁶⁸.

Y así proseguía en cada página, repitiendo, si era necesario, cada invocación, hasta el fin del texto. En los archivos de la Secretaría de Estado se encuentran miles de estas

páginas, donde Juan Pablo II manifestó de modo tan íntimo y conmovedor su amor a la Virgen.

Este amor ilimitado a María nacía del amor que sentía por Cristo. Amar a Jesús es el fulcro de toda nuestra vida. Y si esto es verdad para todo cristiano, tanto más lo es para el Papa. Es algo tan obvio, que podría parecer inútil destacarlo. Pero lo refiero porque tengo un recuerdo especial, que atañe a la última visita apostólica que Juan Pablo II realizó en 1997 a la República Checa.

Ya había ido a Checoslovaquia en 1990, recién caído el muro de Berlín, visitando Praga, Velehrad y Bratislava. En 1995 fue por segunda vez, visitando Praga, en Bohemia, y Olomouc, en Moravia. Ya estaba sufriendo. Comenzaba a llevar el bastón y bromeaba sobre éste con los jóvenes, siempre entusiastas de reunirse alrededor de él. Pero todavía estaba en forma, hasta el punto de subir las escaleras sin ascensor.

La primera noche, después de la llegada y la cena con los obispos, se dirigió a la capilla ante al Santísimo. Las religiosas le habían preparado un gran reclinatorio, pero él prefirió rezar en el banco. Yo lo acompañé, esperando fuera de la capilla. Al día siguiente, por la tarde, no pude acompañarlo a la capilla, a causa de compromisos y llamadas urgentes. Llegué después, cuando ya estaba arrodillado. Antes de entrar escuché una especie de música que no se distinguía, y cuando abrí silenciosamente la puerta, escuché que, arrodillado en el banco, cantaba en voz baja ante al sagrario. El Papa cantaba en voz baja ante Jesús Eucaristía: el Papa y Cristo en la Hostia, Pedro y Cristo. Para mí fue algo conmovedor, una llamada muy fuerte a la fe y al amor por la Eucaristía, y a la realidad del ministerio petrino. No he olvidado jamás aquel débil canto, que era como un coloquio de amor con Cristo. Una sola vez he contado este episodio, en la República Checa, pero conviene que se conozca, mucho más ahora que se acerca su beatificación, porque muestra magníficamente que debemos tener un vínculo siempre vivo, íntimo y profundo con Jesús, vivo en la Eucaristía. Y demuestra, en grado superlativo, que Juan Pablo II fue verdaderamente un enamorado de Cristo.

Por último, quiero destacar el amor de los pueblos eslavos por el Pontífice polaco. En 1990 fui enviado a Checoslovaquia, que dos años después se dividió pacíficamente en dos Estados, la República Checa y Eslovaquia. Este fue el mayor regalo que me hizo Juan Pablo II, después del de haberme ordenado obispo. Recuerdo que, en la víspera de mi partida para Praga, lo vi en el helipuerto vaticano, de regreso de una visita a una diócesis italiana, y le dije: “Santo Padre, mañana parto, y finalmente veré yo también en Eslovaquia sus montes Tatra”. Pero él, sonriendo cordialmente, me dijo. “¡Oh! ¡Los *Tatry* son mucho más bellos desde la vertiente polaca que desde la eslovaca!”. La experiencia como nuncio apostólico fue la más intensa que yo haya realizado. En esos años, pude palpar cuánto amaba al Papa el pueblo checo y eslovaco, comenzando por las autoridades. El presidente Havel me dijo dos veces que Juan Pablo II había desempeñado un papel fundamental en la caída del comunismo: “Ciertamente” sostenía “hubo también otras causas para la victoria de la libertad sobre el comunismo, pero, sin él, el resultado no habría sido así de repentino e inesperado”. Otras veces me dijo que sus coloquios con el Papa eran siempre muy informales y cordiales: “Él habla en polaco, yo en checo, y nos entendemos muy bien”.

Lo que le atraía la simpatía de todos era el hecho de que fuera el primer Papa eslavo de

la historia. La gente, que durante cuarenta años había sido trastornada por la propaganda atea, comenzaba a comprender qué era la Iglesia, qué misterio de comunión y de fraternidad ha traído a los hombres juntamente con la fe en Dios y el amor de Cristo, negados durante un tiempo tan largo. También por esto, Juan Pablo II fue un gran don de Dios a la Iglesia y a la humanidad»⁶⁹.

Juan Pablo II fue un gran cantor de todas las Glorias de la Santísima Trinidad y de todas las glorias de Jesús y de María. ¡Lo oímos cantar tantas veces! Recuerdo cuando cantó el prefacio en la Misa de inauguración del pontificado: ¡fue emocionante! Los cantos que grabó en un hermoso CD. Cuando lo hizo dos veces en la reunión con los jóvenes en Lvov (Ucrania) cantando a la lluvia y al sol. Y ahora tenemos el testimonio del cardenal Coppa acerca de su sutil canto ante el Sagrario.

Se canta en nuestro poema nacional argentino:

«Cantando me he de morir
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del eterno Padre:
Desde el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar»⁷⁰.

El Santo Padre nunca dejará de cantar: «*Canta un cántico nuevo frente del trono*» (Cf. Ap 14, 3) y «*canta el cántico del Cordero*» (Cf. Ap 15, 3). No callará nunca, porque sabe que si callase se seguirían efectos muy tristes, como dice un canto:

«Si se calla el cantor calla la vida,
porque la vida, la vida misma es todo un canto;
si se calla el cantor, muere de espanto,
la esperanza, la luz y la alegría.
Si se calla el cantor se quedan solos
los humildes gorriones⁷¹ de los diarios,
los obreros del puerto se persignan
quién habrá de luchar por su salario.

HABLADO

Que ha de ser de la vida si el que canta
no levanta su voz en las tribunas
por el que sufre, por el que no hay
ninguna razón que lo condene a andar sin manta.
Si se calla el cantor muere la rosa,

¿de qué sirve la rosa sin el canto?,
debe el canto ser luz sobre los campos
iluminando siempre a los de abajo.
Que no calle el cantor porque el silencio
cobarde apaña la maldad que oprime,
no saben los cantores de agachadas
no callarán jamás de frente al crimen.

HABLADO

Que se levanten todas las banderas
cuando el cantor se plante con su grito
que mil guitarras desangren en la noche
una inmortal canción al infinito.
Si se calla el cantor... calla la vida»⁷².

TOTUS TUUS! UNA VIDA EN LOS BRAZOS DE MARÍA

Fue el Papa de María, su pontificado empezó y terminó con el dulce nombre de María en sus labios⁷³.

A Ella le confió el inicio de su ministerio petrino.

El 16 de octubre de 1978 se presentó al mundo diciendo que venía «de un país lejano»... Confesó desde el balcón de San Pedro que había sentido miedo al recibir su designación, pero que lo había aceptado con espíritu de obediencia y con confianza plena en su Madre, la Virgen Santísima. Al terminar su breve saludo reiteró que se presentaba a todos, para confesar nuestra fe común, nuestra esperanza y nuestra confianza en la Madre de Cristo y de la Iglesia. Menos de un minuto habían durado las palabras de saludo del nuevo Papa y dos veces se había referido, espontáneamente, a su confianza en la Santísima Virgen. Al día siguiente de ser elegido, durante la Misa concelebrada con los cardenales en la Capilla Sixtina, Juan Pablo II abre su corazón para confiarles el estado de su espíritu: «En esta gran hora decisiva que hace temblar, no podemos menos de dirigir, con filial devoción, nuestra mente a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre en el misterio de Cristo y de la Iglesia, repitiendo las palabras *Totus tuus* –todo tuyo–, que hace veinte años escribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo, el día de nuestra ordenación episcopal»⁷⁴.

A Ella le ofreció sus últimos esfuerzos: «He estado a su lado durante casi cuarenta años, lo he acompañado en todos sus viajes y en la vida diaria. Estaba también con él el 13 de mayo de 1981... Estaba con el Santo Padre en aquel jeep. Había una gran alegría, pero en un segundo cambió el clima en la plaza San Pedro y el mundo se detuvo... Y recuerdo aquel día... cuando se acercó a la ventana pero no lograba pronunciar las palabras de la bendición, solo tomó un folio y escribió: “Totus tuus”. Fue la última frase que escribió en su vida...»⁷⁵.

La devoción a María en su infancia

Después de la elección se conoció su escudo, que había ideado en 1958, cuando fue nombrado obispo. No se trataba, ciertamente, de una composición sujeta a las reglas de la heráldica sino que estaba inspirado en los dos inseparables amores de su vida: en la cruz de Cristo y la **M** de María; allí estaba resumida su existencia.

Con el paso del tiempo, Juan Pablo II iría descubriendo a los hombres su «trayectoria mariana», «el especial ligamen que me une a la Madre de Dios de forma siempre nueva»⁷⁶.

«La primera forma, la más antigua, está ligada a las visitas durante la infancia a la

imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en la iglesia parroquial de Wadowice»⁷⁷, su ciudad natal. En ella, sobre una colina, había también un monasterio carmelita. «Muchos habitantes de Wadowice acudían allí, y esto tenía su reflejo en la difundida devoción al escapulario de la Virgen del Carmen. También yo lo recibí, creo que cuando tenía diez años y aún lo llevo»⁷⁸.

Pero fue sobre todo en el santuario de *Kalwaria Zebrzydowska*⁷⁹, «próximo a Cracovia y a Wadowice [...] por el que siento gran cariño»⁸⁰, donde el Papa *encontró* a Jesús y a su Madre. Si hay «lugares» en los que la presencia de la Virgen se siente de un modo particular, *Kalwaria* debe señalarse especialmente: «este santuario regional (al que acuden un millón de peregrinos cada año) tiene una particularidad, la de ser no solamente mariano, sino también profundamente cristocéntrico»⁸¹. Karol, el padre del futuro Papa, llevó a su hijo por primera vez a *Kalwaria* un año después de fallecer su esposa, Emilia, el 13 de abril de 1929. Desde entonces, y más aún cuando llegó a ser sacerdote y obispo, «iba allí con frecuencia y caminaba en solitario por aquellas sendas presentando en la oración al Señor los diferentes problemas de la Iglesia, sobre todo en el difícil periodo que se vivía bajo el comunismo»⁸².

Además de *Kalwaria*, otro «lugar» de la Virgen que tuvo particular importancia en la trayectoria mariana de Juan Pablo II fue el santuario de *Jasna Góra*, con su icono de la Señora Negra, «desde hace siglos venerada como Reina de Polonia. Éste es el santuario de toda la nación. De su Señora y Reina la nación polaca ha buscado durante siglos, y continúa buscando, el apoyo y la fuerza para el renacimiento espiritual»⁸³. En efecto, desde que en 1382 llegaron provenientes de Hungría los monjes de San Pablo a Czestokowa, trayendo consigo el icono de la Virgen que depositaron en una pequeña iglesia edificada sobre el Monte Claro (*Jasna Góra*), que se encuentra en la parte occidental de la ciudad, la Madre de Jesús allí venerada ha sido la referencia religiosa y patriótica de Polonia a lo largo de las muchas vicisitudes de su historia.

Su encuentro con el «Tratado de la Verdadera Devoción»

La confianza de Karol Wojtyła en María se forjó en lugares de oración y por medio de lecturas. Durante la Segunda Guerra Mundial, mientras trabajaba de obrero en la fábrica Solvay, cayó en sus manos un libro que tendría una gran influencia en su vida espiritual: el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, de San Luis María Grignon de Montfort, escrito alrededor de 1700. «Recuerdo que lo llevé mucho tiempo en el bolsillo, incluso en la fábrica de soda, y que sus hermosas tapas se mancharon de cal. Releía una y otra vez algunos de sus pasajes»⁸⁴. Gracias a esta obra «comprendí que la verdadera devoción a la Madre de Dios es, sin embargo, cristocéntrica, más aún, que está profundamente radicada en el Misterio trinitario de Dios y en los misterios de la encarnación y la redención»⁸⁵. Karol Wojtyła, que «estaba ya convencido de que *María nos lleva a Cristo*», en aquel periodo empezó a «entender que también *Cristo nos lleva a su Madre*»⁸⁶.

«Totus tuus» rezaba la leyenda del escudo que compuso al ser nombrado obispo. La expresión deriva de San Luis María Grignon de Montfort. «Es la abreviatura de la forma

más completa de la consagración a la Madre de Dios, que dice: “*Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor Tuum, Maria*”⁸⁷»⁸⁸ (Soy todo tuyo y todas mis cosas son tuyas. Te recibo en todas ellas. Dame, María, tu corazón).

¿Qué forma concreta adquirió la devoción del Beato Juan Pablo II a la Santísima Virgen? Siguiendo las indicaciones del Santo de Montfort el Papa se consagra a María como «esclavo de amor». Él mismo explica en que consiste esta profunda y a la vez tierna devoción: «Se sabe que el autor del tratado define su devoción como una forma de *esclavitud*. La palabra puede irritar a nuestros contemporáneos. De mi parte, no encuentro ninguna dificultad. Pienso que se trate de una suerte de paradoja como se encuentran con frecuencia en los evangelios, porque las palabras *santa esclavitud* significan que no podemos emplear mejor nuestra libertad, el más grande de los dones que Dios nos ha dado. Porque la libertad se mide con la medida del amor del cual somos capaces»⁸⁹.

Se trata entonces no de un obstáculo sino de una gran ayuda para unirnos a Jesucristo: «Como es sabido, en mi escudo episcopal [...] el lema *Totus tuus* se inspira en la doctrina de San Luis María Grignon de Montfort⁹⁰. Estas dos palabras expresan la pertenencia total a Jesús por medio de María: “*Tuus totus ego sum, et omnia mea tua sunt*”, escribe San Luis María; y traduce: “Soy todo tuyo, y cuanto tengo es tuyo, ¡oh mi amable Jesús, por María tu Santísima Madre!”⁹¹ [...]. La devoción a la Santísima Virgen es un medio privilegiado “para hallar perfectamente a Jesucristo, para amarlo con ternura y servirlo con fidelidad”⁹² [...]. La *esclavitud de amor* debe interpretarse a la luz del admirable intercambio entre Dios y la humanidad en el misterio del Verbo Encarnado. Es un verdadero intercambio de amor entre Dios y su criatura en la reciprocidad de la entrega total de sí [...]. Paradójicamente, este “vínculo de caridad”, esta “esclavitud de amor”, hace al hombre plenamente libre, con la verdadera libertad de los hijos de Dios⁹³»⁹⁴.

La verdad objetiva sobre María: la mediación materna de la Santísima Virgen

El nuevo Papa era *todo de María*, pero su pertenencia a la Virgen no era solamente una devoción privada: «no se trata solo de una necesidad del corazón, de una inclinación sentimental, sino que corresponde también a la *verdad objetiva* sobre la Madre de Dios»⁹⁵. A lo largo de los siglos y hasta hoy, escritores y músicos, poetas, escultores y pintores, obispos, sacerdotes y fieles laicos, mujeres y hombres, teólogos sabios y gentes sencillas han expresado con sus obras y por medio de su oración dirigida a María, la certeza esencial de que la Madre de Jesús es también Madre nuestra y, en consecuencia, que cuida personalmente de sus hijos e intercede delante de Dios en favor de ellos. El «título» que la acredita como *Mediadora* es la cooperación activísima que presentó al plan de Dios, engendrando a su Hijo, dándolo a luz, alimentándolo, cuidándolo y padeciendo con Él en el extremo dolor de la cruz, hasta su muerte. Esta es la *verdad objetiva* sobre la Santísima Virgen, como siempre ha sido creída y vivida y enseñada en la Iglesia. Lo que ocurre es que, durante más de un cuarto de siglo, Juan Pablo II profundizó doctrinalmente como nadie antes en esa verdad y, con su ejemplo de honda piedad mariana, ha dejado a la Iglesia una preciosa herencia. Su entero pontificado – sus dificultades, sus esperanzas y sus logros – está iluminado por la mediación materna de la Santísima Virgen. Gracias a la

devoción a la Virgen María, explicada en todos sus matices, la Iglesia dispone de un recurso de incomparable valor para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo y de los tiempos futuros.

Prueba de ello son las palabras que en la homilía del funeral por Juan Pablo II, el 8 de abril de 2005, el cardenal Joseph Ratzinger dijo para despedirlo: «El Santo Padre encontró el reflejo más puro de la Misericordia de Dios en la Madre de Dios. Él, que había perdido a su madre cuando era muy joven, amó todavía más a la Madre de Dios. Escuchó las palabras del Señor crucificado como si estuvieran dirigidas a él personalmente: “¡Aquí tienes a tu madre!”. E hizo como el discípulo predilecto: la acogió en lo íntimo de su ser (*eis ta idia: Jn 19, 27*) –*Totus tuus*–. Y de la madre aprendió a conformarse con Cristo.

Ninguno de nosotros podrá olvidar como en el último domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico Vaticano y dio la bendición “*Urbi et Orbi*” por última vez. Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, ¡bendíganos, Santo Padre! Confiamos tu querida alma a la Madre de Dios, tu Madre, que te ha guiado cada día y te guiará ahora a la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo Señor nuestro. Amén”»⁹⁶.

El Papa confía la Iglesia al cuidado de la Virgen: Roma – Guadalupe – Jasna Góra

El Papa Polaco siente la necesidad no solo de confiarle a Ella su vida sino también el entero pueblo de Dios que se le ha encomendado. El 8 de diciembre visita por primera vez la Basílica de Santa María la Mayor y en su homilía dirá, con total seguridad y sencillez, la misión que tiene la Virgen: «María está llamada a llevar a todos al Redentor»⁹⁷. Y enseguida adelanta una idea que será permanente en su magisterio mariano: por su mediación universal, fruto de su maternidad divina y espiritual, la Virgen llevará la gracia de la redención también a aquellos que más alejados están de su Hijo: María «está llamada a dar testimonio de Él aun sin palabras, solo con el amor, en el que se manifiesta *la índole de la Madre*. A acercar incluso a quienes oponen más resistencia, para los que es más difícil creer en el amor; que juzgan al mundo como un gran campo ‘de lucha de todos contra todos’ (como ha dicho un filósofo en el pasado). Está llamada a acercar a todos, es decir, a cada uno a su Hijo»⁹⁸. Después, con sentidas palabras que salen de su corazón, pone a la Iglesia entera en las manos de María Santísima. Lo hace porque es «consciente de la lucha entre el bien y el mal, que invade el corazón de cada hombre, que se desarrolla en la historia de la humanidad [...]. Por esto el Papa, en los comienzos de su servicio episcopal en la Cátedra de San Pedro en Roma, desea confiar la Iglesia de modo particular a Aquella en quien se ha cumplido la estupenda y total victoria del bien sobre el mal, del amor sobre el odio, de la gracia sobre el pecado; a Aquella de quien dijo Pablo VI que es “inicio del mundo mejor”, a la Inmaculada. El Papa confía a la Virgen su propia persona, como siervo de los siervos, y le confía a todos aquellos a quienes sirve y a todos los que sirven con él. Le confía la Iglesia romana, como prenda y principio de todas las Iglesias del mundo, en su universal unidad. ¡Se la confía y se la ofrece como propiedad suya! *Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia* (Soy todo tuyo, y todas mis

cosas tuyas son. Te recibo en todas ellas)»⁹⁹.

A la Virgen de Guadalupe, el 27 de enero de 1979, vuelve a confiarle el cuidado de la Iglesia: «Permite pues que yo, Juan Pablo II, Obispo de Roma y Papa, junto con mis hermanos en el Episcopado que representan a la Iglesia de México y de toda la América Latina, en este solemne momento, confiemos y ofrezcamos a Ti, sierva del Señor, todo el patrimonio del evangelio, de la cruz, de la resurrección, de los que todos nosotros somos testigos, apóstoles, maestros y obispos.

¡Oh Madre! Ayúdanos a ser fieles dispensadores de los grandes misterios de Dios. Ayúdanos a enseñar la verdad que tu Hijo ha anunciado y a extender el amor, que es el principal mandamiento y el primer fruto del Espíritu Santo. Ayúdanos a confirmar a nuestros hermanos en la fe, ayúdanos a despertar la esperanza en la vida eterna. Ayúdanos a guardar los grandes tesoros encerrados en las almas del Pueblo de Dios que nos ha sido encomendado [...]. ¡Reina de los Apóstoles! Acepta nuestra prontitud a servir sin reserva la causa de tu Hijo, la causa del evangelio y la causa de la paz, basada sobre la justicia y el amor entre los hombres y entre los pueblos»¹⁰⁰.

El Santuario de Jasna Góra, donde se venera a la Virgen de Czestokowa, Reina de Polonia, fue el tercer escenario en el que Juan Pablo II entregó la Iglesia a la Virgen. Solemnemente lo había hecho en Roma y en Guadalupe; pero en su patria, la trascendencia del acto alcanzó una importancia definitiva.

El 4 de junio de 1979, junto con el episcopado polaco en pleno y ante millones de fieles, celebra la Misa en la inmensa explanada del santuario. En su homilía habla como Pastor Supremo de la Iglesia y hace afirmaciones de extraordinario relieve acerca de la mediación de la Santísima Virgen:

- a. Enseña que es una doctrina que debe hacerse vida en la Iglesia;
- b. Compromete su suprema potestad de magisterio proclamando que la mediación de la Virgen es la *interpretación auténtica*, es decir, llena de la autoridad que le viene de Cristo de la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la Madre de Dios;
- c. Recurre al testimonio de la Tradición de los santos para fundamentar su enseñanza.

Nos encontramos, pues, ante un texto clave de su magisterio, que el Papa ofrece a la Iglesia apenas ocho meses después de comenzar su pontificado.

En su homilía recordó que el 3 de mayo de 1966, el episcopado polaco había realizado en Jasna Góra un acto de consagración a la Madre de Dios, por la libertad de la Iglesia en el mundo y en Polonia. ¿Cuál era la esencia de ese acto que ahora asume como propio el Vicario de Cristo? Lo resumió así: «Es un grito que parte del corazón y de la voluntad: grito de todo el ser cristiano, de la persona y de la comunidad por el pleno derecho de anunciar el mensaje salvífico; grito que quiere hacerse universalmente eficaz arraigándose en la época presente y en la futura. ¡Todo por medio de María! Esta es la interpretación auténtica de la presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia, como proclama el capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*. Esta interpretación se ajusta a la tradición de los Santos, como Bernardo de Claraval, Grignon de Montfort, Maximiliano Kolbe»¹⁰¹.

A lo largo y a lo ancho del mundo, en el transcurso de sus viajes pastorales, Juan Pablo II consagrará y confiará a María Santísima la Iglesia y las naciones que visite, subrayando repetidas veces la fe en su intercesión. Pero el acto realizado en Polonia tiene una relevancia única: además de las razones expuestas, el Vicario de Cristo afirmó que la mediación de la Virgen quiere *hacerse universalmente eficaz*, es decir, debe llegar a ser una verdad vivida por toda la Iglesia, y tan intensamente vivida, que arraigue *en la época presente y en la futura*, en la nueva etapa de la Iglesia y del mundo que comenzaría al terminar el siglo XX. ¡Debemos ser apóstoles de la devoción a María Santísima!

Antes de leer el acto de consagración a la Virgen, se dirigió a los obispos que le acompañaban: « [...] permitid que, como Sucesor de San Pedro, hoy aquí presente con vosotros, confíe toda la Iglesia a la Madre de Cristo, con la misma fe viva, con la misma esperanza heroica, con que lo hicimos el día memorable del 3 de mayo del milenio polaco.

Permitid que yo traiga aquí, como he hecho hace tiempo en la basílica romana de Santa María la Mayor y después en México, en el santuario de Guadalupe, los misterios de los corazones, los dolores y los sufrimientos y, en fin, las esperanzas y esperas de estos últimos años del siglo XX de la era cristiana.

Permitid que *confíe* todo esto a María. Permitid que se lo *confíe* de modo nuevo y solemne. Soy hombre de gran confianza. He aprendido a serlo aquí»¹⁰².

Finalmente realiza el acto de consagración: «[...] por tanto, te confío, oh Madre de la Iglesia, todos los problemas de esta Iglesia, toda su misión, todo su servicio, mientras está por concluir el segundo milenio de la historia del cristianismo en la tierra [...]. Oh, Madre, cuántos problemas habría debido presentarte en este encuentro, detallándolos uno por uno. *Te los confío todos*, porque Tú los conoces mejor que nosotros y los tomas a tu cuidado.

Lo hago en el lugar de la gran consagración, desde el que se abraza no solo a Polonia, sino a toda la Iglesia en las dimensiones de países y continentes: toda la Iglesia *en tu Corazón materno*.

Oh Madre, te ofrezco y te confío aquí, con inmensa confianza, la Iglesia entera, de la que soy el primer servidor. Amén»¹⁰³.

En las manos de la Madre puso el Papa la Iglesia, con la certeza de que siempre precede a sus hijos: abriendo el camino, desbrozando obstáculos, facilitando el encuentro con su Hijo. Así, de la mano de María y acompañado del entusiasmo de las multitudes, dio sus primeros pasos Juan Pablo II. Pero al mismo tiempo, conoció el odio de quienes estaban empeñados en mantener cerradas, a cal y canto, las puertas a Cristo. Lo odiaron hasta el punto de decidir matarlo. Y la Madre debió extremar sus cuidados para proteger a su hijo predilecto.

El Magisterio Mariano del Papa Polaco: María tiene un lugar clave en la misión de la Iglesia... de modo especial en nuestros días

En su primera encíclica advierte que en la difícil fase la historia que atraviesa la Iglesia y la humanidad existe «una especial necesidad de dirigirnos a Cristo, que es Señor de su

Iglesia y Señor de la historia del hombre en virtud del misterio de la redención», y continuaba el Papa diciendo que «ningún otro sabrá introducirnos como María en la dimensión divina y humana de este misterio»¹⁰⁴. En efecto, por ser Madre de Dios, María es la criatura más excelsa que jamás ha existido y, al mismo tiempo, porque Dios quiso introducirla y contar con su colaboración en el plan redentor, es la más cercana a los hombres. «En esto consiste el carácter excepcional de la gracia de la Maternidad divina. No solo es única e irrepetible la dignidad de esta Maternidad en la historia del género humano, sino también única por su profundidad y por su radio de acción es la participación de María, imagen de la misma Maternidad, en el designio divino de la salvación del hombre, a través del misterio de la redención»¹⁰⁵.

María es también Madre de Misericordia «que ha hecho con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina [...], en Ella y por Ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad»¹⁰⁶. En su segunda encíclica, el Papa vuelve a subrayar el fundamento maternal de la intercesión mariana: «tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre. Es este uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación»¹⁰⁷.

En el año 1983 convocaba el Santo Padre un año santo extraordinario, el año santo de la redención, cuyos frutos confía a la Madre de Dios: «Como María ha precedido a la Iglesia en la fe y en el amor en el alba de la era de la redención, así la preceda hoy, mientras en este jubileo se prepara hacia el nuevo milenio de la redención»¹⁰⁸.

Nada fue improvisado. Cada una de las iniciativas del Papa Magno era el fruto de meditaciones maduradas en la presencia de Dios. En la solemnidad de la Inmaculada Concepción de 1983, mientras se celebraba el año santo extraordinario, dirigió una carta a todos los obispos de la Iglesia diciéndoles que, meditando «en el poder salvífico de la redención de Cristo en la concepción de la Mujer, destinada a ser la Madre del Redentor, encuentra un nuevo estímulo para que se haga un recurso más intenso al poder de la redención». ¿Cómo hacerlo? Quería el Santo Padre comunicarles, concretamente, su deseo de que todos y cada uno, en sus respectivas diócesis, renovaran el 25 de marzo del año próximo, solemnidad de la anunciación del Señor, el acto de consagración que había hecho en Fátima. Ese día de 1984 se vivió en Roma de un modo extraordinario. Juan Pablo II pidió que trajeran a Roma la imagen original de la Virgen de Fátima, la misma que dos años antes había recibido su primera consagración del mundo. Colocada en la Plaza de San Pedro, ella fue la que recogió la renovación del ofrecimiento del mundo que hizo el Papa. En el año 2000, cuando sea publicado el «secreto» de Fátima, se conocerá que «Sor Lucía confirmó personalmente que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora»¹⁰⁹.

El 11 de febrero de 1984, en la memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, el Papa entregó su tercera encíclica, *Salvifici doloris*, sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano: en la cruz no solo se ha cumplido la redención mediante el dolor, sino que también el mismo sufrimiento humano ha sido redimido y tiene desde entonces

fuerza de redención. «Los testigos de la cruz y de la resurrección de Cristo han transmitido a la Iglesia y a la humanidad un específico evangelio del sufrimiento. Es el mismo Redentor quien ha escrito este evangelio ante todo con el propio sufrimiento asumido por amor». María es junto a Cristo protagonista de este evangelio del sufrimiento pues «en Ella los numerosos e intensos sufrimientos se acumularon en una tal conexión y relación, que si bien fueron prueba de su fe inquebrantable, fueron también una contribución a la redención de todos [...]. Testigo de la pasión de su Hijo con su *presencia* y partícipe de la misma con su *compasión*, María Santísima ofreció una aportación singular al evangelio del sufrimiento [...]. Cristo moribundo confirió a la siempre Virgen María una nueva maternidad espiritual y universal hacia todos los hombres, a fin de que cada uno, en la peregrinación de la fe, quedara, junto con María, estrechamente unido a Él hasta la cruz, y cada sufrimiento, regenerado con la fuerza de esta cruz, se convirtiera, desde la debilidad del hombre, en fuerza de Dios»¹¹⁰. El Papa de este modo enseñaba que por la participación de María en el dolor redentor de su Hijo y por su maternal mediación, Jesucristo quiere que el sufrimiento de cada hombre adquiera eficacia divina. En su tercera encíclica, contemplando el dolor de la Madre, ha desvelado el misterio del dolor humano.

También en su encíclica dedicada al Espíritu Santo, el Papa da algunas preciosas pinceladas marianas: «El Espíritu Santo, que cubrió con su sombra el cuerpo virginal de María, dando comienzo en ella a la maternidad divina, al mismo tiempo hizo que su corazón fuera perfectamente obediente a aquella autocomunicación de Dios que superaba todo concepto y toda facultad humana». Y teniendo en la mira el jubileo del año 2000 afirma que «la Iglesia desea prepararse a este jubileo por medio del Espíritu Santo, así como por el Espíritu Santo fue preparada la Virgen de Nazareth, en la que el Verbo se hizo carne»¹¹¹.

Redemptoris Mater, su encíclica mariana, fue presentada en el marco de un año dedicado por entero a la contemplación de la Virgen Santísima, puesto que desde la solemnidad de pentecostés de 1987, hasta la solemnidad de la ascensión de la Virgen del año 1988, el Papa había decidido convocar un Año Mariano en toda la Iglesia, para preparar a la Iglesia, con la celebración del bimilenario del nacimiento de la Madre, para el jubileo de la encarnación del Verbo. El Papa destaca el lugar privilegiado que ocupa María en la obra redentora: «Cuando leemos que el mensajero dice a María “llena de gracia” [...], en el contexto del anuncio del ángel [estas palabras] se refieren ante todo a la *elección de María como Madre del Hijo de Dios*. Pero, al mismo tiempo, la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo. Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única. De aquí, la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo»¹¹². Acompañando los pasos terrenos de María remarca su rol de mediadora al reflexionar acerca de lo acontecido en Caná de Galilea: «[...] se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. *Se pone “en medio”, o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede –más bien “tiene el derecho de”– hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María “intercede” por los

hombres. No solo: como Madre desea también que *se manifieste el poder mesiánico del Hijo*, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida»¹¹³. Así introduce el núcleo de la doctrina que quiere difundir intensamente en la corriente vital de la Iglesia: María es Madre Mediadora en la comunicación de los hombres con Dios y acerca a los hombres el querer de Dios para ellos.

El cardenal Ratzinger afirmó que esta encíclica presentaba un desarrollo original y superior al del Concilio Vaticano II en cuanto a la mediación materna de María: «La tesis fundamental del Papa es la siguiente: el carácter específico de la mediación de María consiste en el hecho de que se trata de una intercesión materna, ordenada a un nacimiento siempre nuevo de Cristo en el mundo [...]. Es cierto que el Concilio Vaticano II había recurrido ya al título de “Mediatrice” (Lumen Gentium, 62) y había hablado también de la mediación de María (Lumen Gentium, 60. 62). Sin embargo, hasta ahora, este tema no se había expuesto de manera tan extensa en ningún documento magisterial. Por lo que respecta al contenido, la encíclica va más allá de cuanto ya había dicho el Concilio, a cuya terminología se atiene. Pero la encíclica profundiza en los elementos conciliares y les da un nuevo peso para la teología y para la piedad»¹¹⁴.

La idea fundamental es que «la mediación de María está *íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada¹¹⁵»¹¹⁶.

La encíclica adelantaba además un tema que el Papa desarrollaría de modo específico en un nuevo documento, la vocación de la mujer. Allí afirmaba que María Santísima es el paradigma de toda mujer: «A la luz de María la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo»¹¹⁷. En la solemnidad de la asunción del año 1988 presenta entonces la «meditación» –así la definió– «Sobre la dignidad de la mujer» en la cual quiso «recoger el mensaje revelado sobre la dignidad y la vocación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad»¹¹⁸. El Vicario de Cristo volverá a presentar a la Santísima Virgen como la clave que permite descifrar el misterio de la mujer: «aquella “plenitud de gracia” concedida a la Virgen de Nazaret, en previsión de que llegaría a ser “Theotókos”, significa al mismo tiempo la plenitud de la perfección de lo “que es característico de la mujer”, de “lo que es femenino”. Nos encontramos aquí, en cierto sentido, en el punto culminante, el arquetipo de la dignidad personal de la mujer»¹¹⁹. Tiempo después escribiría que «la Iglesia ve en María la máxima expresión del “genio femenino” y encuentra en ella una fuente de continua inspiración»¹²⁰. Es decir, contemplando a María es donde cada mujer encuentra su propio ser y descubre su dignidad, de modo especial la grandeza del misterio más profundo que lleva en sí la mujer: su maternidad.

Al proclamar en 1995, ante los ataques que se alzaban en todo el mundo contra la vida humana en todas sus formas, que el «evangelio de la vida está en el centro del mensaje de

Jesús»¹²¹, señala que a la cultura de la muerte debe oponerse de parte de los miembros de la Iglesia un marcado esfuerzo en favor de la «cultura de la vida»¹²². Aquí una vez más la misión es confiada a la mediación materna de María, en quién tenemos un «*modelo incomparable de acogida y cuidado de la vida*»¹²³. Ella «ayuda a la Iglesia a *tomar conciencia de que la vida está siempre en el centro de una gran lucha entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas*»¹²⁴. Ella «es la palabra viva de consuelo para la Iglesia en su lucha contra la muerte. Mostrándonos a su Hijo, nos asegura que las fuerzas de la muerte han sido ya derrotadas en Él: “Lucharon vida y muerte en singular batalla, y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta”¹²⁵»¹²⁶. Las palabras del Papa se hacen finalmente súplica: «Haz que quienes creen en tu Hijo sepan anunciar con firmeza y amor a los hombres de nuestro tiempo el evangelio de la vida»¹²⁷.

El amor del Papa por la Virgen, que tan bien resume su lema «Totus Tuus», se manifiesta asimismo en el gran número de veces (recordemos las 70 catequesis mariológicas pronunciadas en el período que va desde el 6 de septiembre de 1995 hasta el 12 de noviembre de 1997) que ha hablado de Ella: ningún otro Romano Pontífice ha enseñado tanto y tan profundamente acerca de María Santísima. En verdad ha hecho suya la máxima de San Bernardo: «De Maria nunquam satis», *nunca se dirá bastante* de la Madre de Dios. Juan Pablo II centra su docencia mariana en la mediación materna de la Virgen: «*María está presente en el misterio de la Iglesia mediante su especial maternidad*»¹²⁸ y por eso «*como mediadora maternal, María presenta a Cristo nuestros deseos, nuestras súplicas, y nos transmite los dones divinos, intercediendo continuamente en nuestro favor*»¹²⁹.

Juan Pablo II consagra el mundo al Corazón Inmaculado de María y se produce la caída del comunismo soviético

En los países dominados por el comunismo vivía, la que se dio en llamar, «Iglesia del silencio». Era una Iglesia formada por católicos que alimentaban su fe a riesgo de sus vidas, que vivían muy cerca de Dios y olvidados de los que habitábamos el mundo libre. Eran mártires que iban a los tribunales, acusados de traicionar a la patria por tener unos evangelios. Mujeres y hombres apaleados por asistir a una Misa clandestina; discriminados en los trabajos por su religión; llevados a los campos de concentración por acusaciones delirantes... Hasta la elección del primer Papa eslavo de la historia, la «Iglesia del silencio» no tenía casi fuerzas para hacerse oír. Fue Juan Pablo II quien le dio voz a esos hombres y mujeres, y a todos los que esperaban con ansias la libertad.

Pero, ¿cómo fue posible que caiga esa gigantesca máquina de muerte llamada comunismo de un modo tan fácil, tan natural? El mismo Papa se lo preguntaba: «Lo que fue imposible durante años, hoy se ha hecho realidad. ¿Cómo ha podido ser? ¿Qué coordenadas han concurrido y concurren para explicar la situación en la que nos encontramos? Varsovia, Moscú, Budapest, Berlín, Praga, Sofía, Bucarest, por solo citar capitales, se han convertido en las etapas de una larga peregrinación hacia la libertad»¹³⁰. Mijail Gorbachov respecto a esto afirmó: «Todo lo que ha sucedido en la Europa oriental

en estos últimos años no habría sido posible sin la presencia de este Papa, sin el gran papel, incluso político, que ha desempeñado en la escena mundial»¹³¹. Sin embargo el Santo Padre va más allá, y haciéndose eco de la profecía contenida en el mensaje de Fátima, reconoce que ha sido la Virgen quién «ha guiado con cariño materno a los pueblos hacia la libertad»: «¿Qué decir de los *tres niños portugueses de Fátima* que, de improviso, en vísperas del estallido de la Revolución de Octubre, oyeron: “Rusia se convertirá” y “al final mi Corazón triunfará”? No pudieron ser ellos quienes inventaron tales predicciones. No sabían historia, ni geografía, y sabían aún menos de los movimientos sociales y de la evolución de las ideologías. Y, sin embargo, ha sucedido exactamente cuanto habían anunciado»¹³².

A Fátima acudió el Papa un año después del atentado para agradecerle a la Virgen su protección y, delante de su imagen, para consagrarle el mundo. Después, como se vio, la renovó en Roma el 25 de marzo de 1984, en unión con todos los obispos de la Iglesia. En 1991 se dirige a Nuestra Señora conmovido: «¡Salve, oh Madre Santa!», exclama ante la Virgen el 12 de mayo. «¡Salve, oh esperanza segura que nunca defrauda! ¡*Totus tuus*, oh Madre! ¡Gracias, Pastora Celestial, por haber guiado con cariño maternal a los pueblos hacia la libertad!»¹³³. «Tu maternidad universal, oh Virgen María, es el ancla segura de la salvación de la humanidad entera»¹³⁴. «Proclamamos nuestra gratitud por el don de Jesucristo que la humanidad de este siglo ha vuelto a encontrar en el umbral del tercer Milenio. Creemos que la vigorosa solicitud de María nos ha permitido alcanzarlo [...]»¹³⁵. «Es difícil no advertir cómo el Año Mariano precedió de cerca a *los acontecimientos de 1989*. Son sucesos que sorprenden por su envergadura y especialmente por su rápido desarrollo. Los años ochenta se habían sucedido arrastrando un peligro creciente, en la estela de la “guerra fría”; el año 1989 trajo consigo una solución pacífica que ha tenido casi la forma de un desarrollo “orgánico” [...], se podía percibir cómo, en la trama de lo sucedido, operaba con premura materna la mano invisible de la Providencia: “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho...?” (Is 49, 15)»¹³⁶.

La Iglesia y los desafíos del tercer milenio: nuestra guía ha de ser la Madre de Dios

Desde el comienzo mismo de su pontificado, el gran jubileo del año 2000 fue la meta hacia la cual el Pontífice encaminó a la Iglesia durante 22 años. No se ahorró ningún esfuerzo –sínodos episcopales, viajes, encíclicas, alocuciones, discursos...– para que desde Roma hasta el último pueblo donde viviera un miembro de la Iglesia, todos y cada uno participaran del tiempo de gracia extraordinaria que constituiría el año santo que inauguró el tercer milenio de la venida de Cristo al mundo. Cumplió entonces con el augurio que el entonces primado de Polonia, el cardenal Stefan Wyszinski, le hubiera hecho el día de su elección papal: «¡Tú debes introducir a la Iglesia en el tercer milenio!». El Papa lo hace y traza el plan de acción de la Iglesia para el porvenir: «en la causa del Reino no hay tiempo para mirar hacia atrás y menos para dejarse llevar por la pereza»¹³⁷ [...]. ¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia, como un océano inmenso en el que hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo¹³⁸ [...]. El programa ya existe. Es el de siempre. [...] Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar¹³⁹».

Era este el legado que nos dejaba en su carta *Novo Millenio Ineunte*. Poco después regalaría a la Iglesia el escrito que califica como la «coronación mariana»¹⁴⁰ de la misma, pues «recitar el Rosario, en efecto, es en realidad contemplar con María el rostro de Cristo»¹⁴¹. Esta oración nos lleva «a recordar a Cristo con María; a comprender a Cristo desde María; a configurarse a Cristo con María; a rogar a Cristo con María; a anunciar a Cristo con María»¹⁴². El pedido que el Santo Padre hace en el último párrafo de la carta *Rosarium Virginis Mariae* nos parece brota de su corazón totalmente enamorado de la Madre de Dios: «[...] ¡Tomad con confianza entre las manos el rosario! [...] ¡Qué este llamamiento mío no sea en balde!»¹⁴³.

¿Cómo no ver en estas palabras del Papa el fruto de su consagración a María en materna esclavitud de amor? Tiempo atrás había afirmado:

«La perfecta devoción a María –así lo expresa el autor del *Tratado*– es decir, su verdadero conocimiento y el abandono confiado en sus manos, crece con nuestro conocimiento de Cristo y nuestro abandono confiado a su persona. Aún más, esta perfecta devoción es indispensable a quien pretende darse sin reservas a Cristo y a la obra de la redención [...]. Cuánto más mi vida se ha fundado sobre la realidad de la redención, tanto más el abandono a María, en el espíritu del santo Luis Grignon de Montfort, me ha parecido el modo mejor de participar con fruto y eficacia de esta realidad, para alcanzar y para compartir con los demás las riquezas inexpresables»¹⁴⁴.

El 17 de abril, Jueves Santo, del año 2003, vigésimo quinto de su pontificado y Año del Rosario, Juan Pablo II entregó a la Iglesia la última de sus encíclicas: *Ecclesia de Eucharistia*. ¿Cuál es la relación de la Santísima Virgen con la Eucaristía? Una vez más el Papa nos sorprende y edifica con la profundidad de sus enseñanzas: «Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia [...]. María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él [...]. La relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. *María es mujer “eucarística” con toda su vida*. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio [...]. La mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística? [...]. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la *dimensión sacrificial de la Eucaristía* [...]. “Haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19). En el “memorial” del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta *lo que Cristo ha realizado también con su Madre* para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: “¡He aquí a tu hijo!”. Igualmente dice también a todos nosotros: “¡He aquí a tu madre!” (cf. Jn 19, 26.27). [...] María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía [...]. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *magnificat!*»¹⁴⁵.

El Papa quiere que la Santísima Virgen sea nuestra guía, nuestra maestra en la contemplación del rostro eucarístico de Cristo: *Totus Tuus!*

Estamos en agosto de 2004. El Papa ha cumplido 84 años y es la imagen doliente de Cristo. Cuando faltan pocos meses para entregar su vida, siente la necesidad de ir a Lourdes para confiarle a la Madre, por última vez, lo que le hace sufrir mucho más que sus enfermedades: irá a la Gruta donde se apareció la Inmaculada Concepción, con el fin de implorar para los hombres un despertar interior «que le permita volver a descubrir plenamente la santidad de la ley de Dios y los compromisos morales que de ella derivan»¹⁴⁶. Al comenzar en la gruta el rezo del Rosario confesó: «Siento con emoción que he llegado a *la meta de mi peregrinación*. Esta gruta, donde se apareció la Virgen María, es el corazón de Lourdes». Seguidamente vuelve a proponer a María como maestra de los discípulos de Cristo: «Aquí la Virgen invitó a Bernardita a rezar el rosario, desgranando ella misma las cuentas. Así, esta gruta se ha convertido en *la catedral de una sorprendente escuela de oración*, en la que María enseña a todos a contemplar con ardiente amor el rostro de Cristo». A Nuestra Madre debemos implorar, señala el Papa, que nos alcance «*la disponibilidad dócil a la escucha* y el esfuerzo generoso por acoger en nuestra vida la enseñanza de Cristo»¹⁴⁷. Totus tuus!

Alcanzar la unidad de la Iglesia fue una intención prioritaria en todo el pontificado de Juan Pablo II. Ya en su primer viaje a Polonia había confiado a la mediación materna de María, en el acto de consagración de toda la Iglesia ante la imagen de Nuestra Señora de Czestokowa, la causa de la unidad¹⁴⁸. El 10 de julio de 2004, a través de su portavoz oficial, dio a conocer que una semana antes había comunicado al patriarca de Moscú Alexis II, su deseo de donar a la Iglesia ortodoxa el sagrado ícono de la Virgen de Kazán y así contribuir a la deseada unidad entre las Iglesias católica y ortodoxa. El 22 de agosto decía a los fieles reunidos en Castelgandolfo para el rezo del Ángelus: «os invito a dirigiros conmigo a la Virgen María, venerada con el título de *Madre de Dios de Kazán*. Su ícono, que salió de Rusia en la década de 1920 del siglo pasado, después de largas etapas en diversos lugares, llegó hace algunos años al apartamento del Papa, y desde ese momento ha velado sobre su trabajo diario. Ahora, me alegra anunciar que una delegación especial llevará este ícono, que tanto aprecio, a Su Santidad Alexis II, Patriarca de Moscú y de todas las Rusias»¹⁴⁹. Volvería a hablar sobre este importante acontecimiento 3 días después, en la Audiencia general: «¡Cuántas veces, desde aquel día, he invocado a la Madre de Dios de Kazán, pidiéndole que proteja y guíe *al pueblo ruso, que le tiene tanta devoción*, y que apresure el momento en que todos los discípulos de su Hijo, reconociéndose hermanos, restablezcan plenamente la unidad rota! [...] Esta antigua imagen de la Madre del Señor expresará a Su Santidad Alexis II y al venerado Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa el afecto que el Sucesor de Pedro siente por ellos y por todos los fieles que les han sido encomendados. Expresará su estima por la gran tradición espiritual que conserva la santa Iglesia rusa. Expresará el deseo y el firme propósito del Papa de Roma de avanzar juntamente con ellos por el camino del conocimiento mutuo y de la reconciliación, para apresurar el día de la plena unidad de los creyentes por la que nuestro Señor Jesucristo oró ardientemente (cf. Jn 17, 20-22)»¹⁵⁰.

¡Madre Santa, a ti encomendamos la causa de la unidad de la Iglesia! Totus Tuus!

El legado del Beato Juan Pablo Magno:
«Todo por María, con María,

en María y para María»¹⁵¹

Labor preciosa de orfebrería en honor de la Virgen fue la que, durante más de un cuarto de siglo, realizó Juan Pablo II. Extrayendo del tesoro de la Revelación joyas preciosas – verdades antiguas y nuevas–, con el oro de su amor a Santa María forjó un monumento destinado a perdurar en la Iglesia para siempre. La síntesis de esa maravillosa obra es la mediación maternal que la Madre de Dios y de los hombres ejerce en favor de sus hijos. Después de examinar el arco entero de su pontificado, siguiendo las pautas señaladas por el Concilio para conocer el magisterio auténtico del Romano Pontífice –«*la índole de los documentos, la frecuente exposición de una misma doctrina y el modo de expresarse*»¹⁵²– se impone por sí sola la conclusión que el mismo Juan Pablo II proclamó solemnemente en su primer viaje a Polonia: ¡Todo por María! Totus Tuus!

No se trataba de un modo de decir. Efectivamente, en su magisterio, la mediación maternal de la Santísima Virgen alcanza a la *totalidad* de las realidades que componen la vida física y espiritual de cada uno de los hombres: por medio de María se acercarán a la Iglesia los más alejados; por medio de María se conseguirá la unidad de la Iglesia; por medio de María obtendremos misericordia... Ella es la madre que explica a sus hijos el sentido del dolor y los consuela cuando sufren; Ella intercede por quiénes no tienen libertad; Ella es quién nos enseña a contemplar el rostro de su Hijo...

Juan Pablo II explicó de mil modos distintos la especificidad de la mediación de la Virgen, en cuanto mediación materna, que tuvo inicio cuando Jesús escribió en Ella el «evangelio del sufrimiento», hasta llegar a dárnosla por Madre en la cruz. Precisamente por el dolor que compartió con su Hijo, colaborando así de manera única en la obra redentora, la Virgen María es quién puede hacer llegar a los hombres la gracia de la salvación. La mediación materna de María es la clave para entender su vida personal de piedad y su entero pontificado: Totus Tuus!

Escribe San Luis María: «Cuando María ha echado sus raíces en un alma, produce en ella maravillas de gracia que solo Ella puede producir»¹⁵³.

Siguiendo el ejemplo del Beato Juan Pablo Magno, buscando de vivir con máxima fidelidad nuestro cuarto voto de esclavitud mariana, ¿no haremos también nosotros grandes obras por la gloria de Dios y el bien de las almas?

Finalmente sabemos que «Cristo vencerá por medio de Ella, porque Él quiere que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el mundo del futuro estén unidas a Ella»¹⁵⁴.

Nos ayude desde el Cielo el «Padre de nuestra familia religiosa»¹⁵⁵.

Totus tuus!

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>